

Olas húmedas

12 de enero de 2024 12:19 am

Acabo de leerlo en un *post* cualquiera sobre el que, sin quererlo, han aterrizado mis ojos en la pantalla líquida, pegajosa e impoluta que es *Instagram*. Un *post* que dice "exploten de amor, no somos para siempre." Y si no estuviera ahora mismo en Jerusalén y si no hubiera una guerra genocida en Gaza, y si no sintiera en las profundidades de mi cráneo el odio que regurjitan muchos de los seres que caminan por estas calles empedradas, mi mirada se habría clavado, sin dudarlo, en la palabra "amor." Pero como estoy en Jerusalén y continúa la ofensiva en Gaza y ya se cuentan en más de 23.000 los muertos palestinos — lo que equivaldría a la mitad de los vecinos del pueblo en el que me crié — el imperativo que me golpea, por el contrario, es "exploten." Y siento una migaja de miedo y anhelo que ójala, ójala, todo lo que permanece (sin saber muy bien qué es lo que queda) no estalle pronto.

12 de enero de 2024 12:41 am

Hoy me han preguntado en mitad de una cena en el *Jerusalem Hotel* que cuántas personas diría que quedan capaces de irse como yo, con 31 años y la casa a la espalda, a vivir a Israel y los territorios palestinos en mitad de una guerra. Mi interlocutor se ha respondido a sí mismo: "Ya te lo digo yo. Ninguna." Y quizá sea cierto. Quizá yo sea de las pocas mujeres que todavía se atreven a dejarlo todo atrás, una y otra vez, sin saber muy bien el porqué; pero siendo muy conscientes del coste, del desgaste, del perpétuo reproche.

En mi caso, de un Brasil *maravilhoso* con el que conviví enamorada a los 24 años me largué brevemente a California; de Los Ángeles me marché a vivir a Jerusalén en 2018, de donde a su vez me mudé a Nairobi y después en 2021, a Nueva York. Todo — o nada — para terminar regresando a Jerusalén seis años más tarde. Hace meses que me pregunto si, en realidad, continúo yéndome porque nunca nadie me ha pedido del todo que me quede. Y aunque me duela decirlo, sé que es cierto. En la vida, con muchísima suerte, nos topamos tan solo con un puñado de personas — seres de luz que en mi experiencia tienden también a bailar mal y suelen caminar deprisa — quienes, en una noche de ceguera, nos prometieron seguirnos allá donde fuésemos. O a quienes nosotros mismos prometimos acompañar a cualquier abismo del mundo.

16 de enero de 2024 08:27 pm

Aterrizo en Tel Aviv un 9 de enero de 2024. Israelíes y palestinos llevan en guerra (oficial) más de tres meses. La última vez que viví en este país dividido terminé con el corazón roto y me fui, deprisa y muy joven, sin saber que desde entonces ya no amaría. Ya no amaría de la misma forma que amé a cierta persona en Jerusalén en 2018, a quien seguí queriendo en la distancia en 2019, y quizá, también parte de 2020. Me fui sin saber que algún día volvería a vivir en este lugar, pero que esa persona ya no estaría conmigo: que su vida sería otra. ¿Y la mía?, ¿son otras vidas cuando se regresa a los mismos sitios?

Pero en realidad no quiero escribir sobre esto. Porque si lo hago — si nos recuerdo — todavía hoy (unos cuatro años y medio después de nuestro último encuentro) me deshago, me descompongo y pierdo la fuerza con la que, una vez más, tomé la decisión de irme; de partir, de partir, de partir como una puta ola refulgente de espuma. Y no quiero escribir rota. Y no quiero vomitar con lágrimas.

Aterricé en Tel Aviv un 9 de enero de 2024. Israelíes y palestinos llevan en guerra (oficial) más de tres meses, y pese a que mi vuelo iba prácticamente lleno, ninguno éramos turistas. En él había colonos, madres cuyas hijas judías se sentían demasiado solas al tener a sus maridos, muchos de ellos jóvenes gringos, combatiendo en Gaza. Estoy segura de que también había personal de oenegés, diplomáticos y algún que otro periodista. Pese a ello, al tocar tierra en un Ben Gurión que comenzaba a sumirse sin miedo en la noche, una de las azafatas a cargo nos deseó a todos los pasajeros "unas vacaciones seguras y hermosas" — dijo en un escueto y agudo mensaje en inglés — "y una noche fabulosa."

Yo no sé si alguien más pensó, como hice yo al instante, que desearnos unas felices vacaciones — dados los más de 23.200 palestinos muertos y los vídeos virales de lampiños soldados israelíes que un día aparecían bailando ritmos árabes en TikTok, y al otro, morían despedazados en Gaza — sonaba, cuanto menos, a total guasa.

17 de enero de 2024 06:13 pm

No quiero que me invada el odio. No quiero convertirme en ninguno de ellos.

20 de enero de 2024 11:13 pm

Llevábamos más de cinco años sin vernos. Como muchos otros, en esos años, tú te habías casado y tenías una niña pequeña, diminuta, a la que habíais llamado Nur ('Luz', en árabe.) Decías haber abierto una tiendita de comestibles en tu barrio de toda la vida en Jerusalén Este, en el Monte de los Olivos, de donde también era tu mujer. Antes de casaros tuviste que pedirle la mano a su padre en dos ocasiones. Y esperaste y esperaste, durante varios años — sin agotar tu paciencia de palestino — a que ella concluyera sus estudios y accediera finalmente a casarse contigo.

Estoy segura de que la amas. Estoy segura de que te falta poco, o nada, para sentirte feliz. Pero incluso hasta la dicha más cotidiana en Jerusalén Este, área ocupada militarmente y anexada por Israel desde 1967, siempre dista un poco de lo que, en casi cualquier otro lugar del mundo, se llamaría felicidad.

"¿Te dije que hace poco dispararon a mi primo?," me preguntas mientras vamos en coche hacia la zona oeste para dar un paseo por las antiguas vías de tren que hoy conforman un área hipster llamada *First Station*. "Estaba desesperado con la guerra y apuñaló a un soldado, aquí en esta misma calle," me informas de improvisto, un poco como si hubieras sentido la urgencia imperiosa de compartir en voz alta tu color favorito o la serie de televisión que te mantiene enganchado.

Me dices que los soldados israelíes le dispararon a la primera — como no deja de ser práctica habitual documentada — cuando podrían haberle arrestado. Aseguras que ni siquiera su

familia sabe si sigue o no con vida, pues Israel mantiene retenido su cuerpo a modo de castigo, al igual que el de otros más de 300 palestinos, según cifras de la oenegé B'Tselem.

"¿Y al soldado?, ¿qué le pasó al soldado," te pregunto todavía algo sorprendida por tu tono de voz calmo, por lo incrustada que está la violencia en esta tierra tres veces santa, por lo arbitraria que puede llegar a ser la muerte. "Ni un rasguño," me dices en un inglés mucho más fluido del que recordaba de años atrás. "*Those motherfuckers never die*," bromeas.

22 de enero de 2024 10:23 pm

Lo cierto es que gusta pensar que si me esforzara, si de verdad me esforzara, yo también podría ser una de esas personas que guarda especias en frascos de hojalata perfectamente etiquetados, transplanta bulbos y hace nacer plantas; mezcla en tarritos de aceite tomillo o guindillas. Una de esas personas henchidas con lo que hacen, capaces de "avanzar" en la vida — que se comportan, que se recogen, que se conforman. Simplemente, me da cierto placer pensar que yo también podría ser otra.

Quizá, una otra como alguna de mis amigas de instituto: embarazadas de su pareja de adolescencia o ya con hijos. O como las pocas que, desde hace casi una década, gozan de una estabilidad-de-adulto en un trabajo que viven como una mera vía económica. De verdad, si yo luchara contra mí misma — contra lo más desconocido y profundo de mi propio ser — creo que también lograría ser ellas. Y entonces dejaría de irme, dejaría de sofocarme con esas preguntas que siempre me agotan; dejaría de buscar. Pero (todavía) no puedo.

Porque mientras siego la hierba maltratada, o intento resolver un sudoku nivel difícil en casa de mis padres, o me tiro en el sofá a esperar a que se acabe el mundo, me asalta siempre la certeza de que *el mundo — el de verdad, el de ahí fuera —* sí que podría estar terminándose. Y yo, con toda mi inaudita furia, necesito verlo, necesito sufrirlo, necesito seguir. Pero quizá exista una grieta y algo en mí esté mudando. A veces no consigo evitar pensar — sobre todo cuando desaparece el día y las tinieblas me invaden — en esa dicotomía siempre presente fruto de una vida fragmentada: ¿cómo puedo seguir persiguiendo el sol y, al mismo tiempo, anclarme a tu mirada?

24 de enero de 2024 11:34 am

Recuerdo ir acercándonos al kibutz de Nir Oz y, al mismo tiempo, ir aproximándonos despacio a la Franja de Gaza; un enclave siempre cercado, pero hoy del todo inaccesible para la prensa extranjera. Sigo el avance del minibús oscuro en el que vamos tan solo dos periodistas y un fotógrafo. El círculo azul en el mapa desciende sin prisas la costa mediterránea, paralela a la también dividida y decadente isla de Chipre, hasta detenerse a escasos metros del Sinai egipcio. Todo me resulta extraño y excitante. Creo haber estado tan solo una vez, en 2018, en la divisoria con la Franja de Gaza.

En Nir Oz nos reciben familiares de algunas de las 136 personas que permanecen secuestradas por Hamás tras casi tres meses y medio de guerra. A nosotros y a otro centenar de periodistas de todo el mundo, los cuales hemos acudido a un "tour mediático" organizado

por representantes de las familias. Nos enseñan las casas todavía calcinadas, los cristales hechos añicos, algún agujero de metralla. Pero lo cierto es que somos demasiados y apenas cabemos en las casas medio derrumbadas — nos movemos con ruido entre amasijos de alambres y escombros; buscamos la imagen de la desesperanza.

El 7 de octubre, en un ataque salvaje perpetrado por más de un centenar de hombres de Hamás en este pedacito de suelo israelí, 40 personas del kibutz fueron asesinadas y 77 secuestradas. Más de la mitad aún no han regresado.

Los vecinos de Nir Oz se sienten abandonados por su propio gobierno, al que piden que priorice el regreso de los suyos por encima de la muerte de los milicianos de Hamás. Ellos los odian más que nadie, pero en Nir Oz se han quedado demasiadas camas vacías.

Ninguna de las personas con las que hablo parece sentir un ápice de empatía por los miles de gazatíes masacrados a partir de ese mismo 7 de octubre. Repiten que hasta entonces creían en la convivencia con los palestinos, que su comunidad daba trabajo a los gazatíes, que ellos mismos — hace dos décadas — iban en bicicleta a bañarse a la playa de Gaza. Ahora, incluso esa vaga idea de coexistencia yace muerta, completamente descuartizada.

"Lo que quiero ahora es una separación absoluta," me dice Srulik Kalvo, cuyo padre de 85 años continúa secuestrado en Gaza. "[Los palestinos] van a ser igual que el Líbano, igual que Egipto... ¡Otro enemigo vecino más, que sigan llegando!," clama Kalvo en una especie de seca bravuconería.

Nir Oz es descrito por sus habitantes, pese a los búnkeres y las sirenas que avisan del lanzamiento de cohetes, como un "paraíso" en el desierto. Una especie de utopía donde los niños son criados en colectividad y los mayores son los mayores de todos. Mientras

paseamos y escuchamos el terror que padecieron el 7/o, el zumbido de los cazas israelíes es inaludible. Todo lo impregna el insaciable tum-tum-tum de los tanques, el respirar de una guerra que perdura.

La Franja de Gaza se divisa a lo lejos, a tan solo 1,6 kilómetros de donde nos encontramos. Pero nada — ni el zumbido de los ataques, ni el alarido de las sirenas — parece acercar las realidades entrelazadas de estos dos mundos que colindan.

Yosi Shnaider, de ojos verdes y mirada seria, viste una camiseta con los rostros de su prima Shiri Bibas, el marido de esta y sus dos hijos pelirrojos, Kfir y Ariel. Dentro de dos días será el primer cumpleaños de Kfir, pero la familia entera se encuentra en paradero desconocido desde el ataque islamista. Muchos son quienes auguran que los pequeños están muertos, pues Hamás accedió a intercambiar a todos los menores de edad bajo su custodia, en la única tregua de finales de noviembre, a cambio de más de 200 presos palestinos.

Sin embargo, Shnaider se niega a imaginar que podrían estar muertos. No quiere ver lo que parece evidente ni racionalizar que sus familiares llevan 102 días secuestrados en un lugar donde escasean tanto los alimentos como el agua. En un lugar donde Israel ha arrojado más de 65.000 toneladas de explosivos — lo que equivaldría a tres Hirosimas, según expertos armamentísticos —, y donde medios como el New York Times han identificado cráteres de más de 12 metros de anchura, probablemente, causados por bombas de al menos una tonelada de peso. Shnaider se niega a pensar en Gaza.

Pero como en tan solo dos días será el primer cumpleaños del bebé Kfir, los vecinos de Nir Oz ofrecen a la prensa un pedazo de tarta de chocolate, mientras se preparan para liberar ante las cámaras una docena de globos naranjas. Con ese gesto buscan — de alguna forma — que

Netanyahu despierte, se (re)humanice, haga todo en su mano para devolver con vida a los secuestrados antes de que sea demasiado tarde.

Casi nadie de los presentes toca la tarta. Los globos naranjas, a cada instante más y más pequeños sobre un cielo abierto, aparecerán los próximos días en noticiarios y periódicos de todo el planeta. El cumpleaños de Kfir será bautizado, sobre todo por medios judíos y latinos, como "el cumpleaños más triste del mundo".

Sé que Kfir es una víctima más de este conflicto insalvable. Lo sé. Pero no puedo evitar pensar — mientras los globos se alzan sobre una Gaza cercada donde yacen los cadáveres de más de 10.000 niños — si ellos, si los gazatíes aún vivos, verán al otro lado de la valla esas diminutas esferas naranjas y se preguntarán qué coño estamos celebrando.

29 de enero de 2024 12:12 am

En más de una ocasión mi hermano mellizo me ha preguntado: ¿Te consideras una persona feliz con momentos tristes o una persona triste con momentos felices? Y la respuesta es siempre la misma. Yo nunca he sido una persona feliz. Feliz en el sentido de esos seres translúcidos que se sienten plenos con tan solo vestir bien (caro), comer bien (orgánico), oler bien (perfumados). Feliz en el sentido de haber encontrado mi lugar en la tierra y el motivo por el que todos estamos aquí — imbuidos en esta danza frenética. Feliz de querer sonreír todo el rato, disfrutar todo el rato, morirme de vida. Mucho de lo que he vivido en estos

últimos años más que dicha me produce desasosiego, retortijones de furia, desgarró de unas uñas que ya de por sí me muerdo. Pero retrocedamos al principio, si es que hay un principio.

Momentos tristes que todavía hoy recuerdo: Las pocas veces que les dije a mis abuelos te quiero. No acudir a nuestra cita porque me daba miedo saber que te habías enamorado.

Abandonar Brasil para siempre. Darme cuenta de que tú podías vivir sin mí mientras que yo no podía. Los muertos en Gaza. El silencio cómplice del que mira. Irme y que tú no me lo impidieras. Irme y que tú no me buscaras.

Momentos felices que todavía hoy recuerdo: Viajar sobre tus hombros, altos y esbeltos, en esa noche de carnaval oscura. Navegar el río Amazonas durante tres largos días y dos cortas noches. Verte llegar sonriente y con una botella de *champagne* bajo el brazo, pese al sinuoso tráfico de Ramala. Bucear junto a decenas de medusas diminutas y atreverme a acariciarlas. Correr libre por las calles amuralladas de la ciudad de Belén, en la Cisjordania ocupada. Despertar y que fueras tú quien estuviera a mi lado.

5 de febrero de 2024 6:36 pm

Llueve con ansia en Jerusalén Este y, desde las entrañas de chapa y piedra que conforman muchas de las callejuelas de la Ciudad Vieja, el azote de agua resuena con tal fuerza que — tumbada en la cama — me evoca el vaivén incansable de las olas. El vaivén de unas olas húmedas al frente de un mar que no existe.